



LA FLOR DE TEBAS

Francisco Javier Gálvez Guasp

LA FLOR DE TEBAS



Primera edición: julio 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Javier Gálvez Guasp

ISBN: 978-84-10400-04-7

ISBN digital: 978-84-10400-05-4

Depósito legal: M-16307-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hija Beatriz
A todas las Hiparquías*

La revelación del camino

I.- Siempre he rehuido la solemnidad y abominado la pesadez. Las cortas sentencias que siguen darán cuenta de ello si el lector se interna conmigo en ese largo caminar por los senderos soleados en los que ha transcurrido mi vida.

Desde el principio obtuve el privilegio de comprender todas las cosas que sobran en la vida de un hombre. Y así me fue dado ser como un geniecillo travieso, que dispara su flecha y rompe a reír.

El globo de la retórica, la hinchazón de las convenciones establecidas, el nauseabundo malestar de la tradición, los tabúes más respetables.

De todos me libré con el aguijón del humor, mi capacidad de tender zancadillas a los filósofos, la presteza para reconocer las emboscadas de la sociedad engañosa, la medicina de la franqueza, el tónico de la austeridad saludable.

Según solía enseñar mi maestro, en la desvergüenza más absoluta se esconde el camino más corto hacia la tranquilidad y la vida feliz; solo así puede el sabio reírse de los vaivenes de la Fortuna.

La Fortuna no es una diosa, como piensan algunos, sino una trampa que, pacientemente, nos vamos tendiendo a nosotros mismos. Es la mortaja de telarañas y polvo que nos impide reconocer la diferencia entre nuestro destino y las palabras mediante las que desviamos su curso hacia el precipicio y luego hacia el abismo.

Mi maestro, revestido de su ironía, sus punzantes palabras, sus diatribas, sus chistes, sus gestos burlones, tanto como su barba hirsuta, sus modales perrunos, su exiguo equipaje: el manto hara-

piento, el cayado, el zurrón y el sombrero. Y por encima de todo, su risa, franca, jovial, ciertamente divina.

El estrecho camino, la grieta que apenas si deja pasar un poco de luz, él se mofaba de las vanas palabras, escandalizando al pacato y al necio, como verdaderamente ordenan los dioses.

Desarraigado, ciudadano del mundo, el polvo que levantaban sus talones iba a reposar en las cunetas del desprecio, o bien se alzaba en nubes de incontrolable alegría. Él era su propio alimento. Por eso no necesitaba de nadie.

La libertad de palabra fue lo que primero me arrebató. De pequeñas que hacía parecer las riquezas de la casa paterna. Las polvorientas convenciones que habían levantado sus muros, la costumbre que servía de cimiento a sus piedras, a sus horcones incrustados en la mentira, pero he de admitir que aquello eran solo palabras.

Tanto que mi padre parecía nacido para que los hombres como mi maestro pusieran en la picota todo aquello que nos aparta de la vida natural y perruna. Verdaderamente divino, a diferencia de los ídolos de madera o de piedra, que exhiben, para engañar a las gentes, los templos, tan níveos por fuera como podridos por dentro.

Le dejó pasar al atrio de nuestra casa sin advertir el peligro mortal. Un día sofocante en que el verano que inútilmente trataban de sacudirse los campos de trigo que rodeaban nuestra ciudad, a pocos días de la siega, parecía no tener —al igual que sus enseñanzas— ni principio ni fin.

Un hombre de edad intemporal, un mendicante que sabía referir innumerables historias, un bufón que entretendría la mesa del rico, que propondría adivinanzas, que lanzaría invectivas contra nuestros enemigos, a cambio de unas pocas migajas y un trago de vino. Tal vez un jergón de paja en la cuadra. La compañía de alguna esclava ya entrada en años.

Mientras le conducía a nuestra casa desde el centro de la ciudad, su boca estuvo sellada, aunque sus ojos parecían clavar dardos dondequiera que se posaban. Y yo, sin darme cuenta de que donde

otros hinchan sus palabras él callaba certezas. Y al pasar le miraban los ojos ajenos, sedientos de aquellas certezas.

Estás en Tebas, le dije con hueco y juvenil orgullo. Allí la casa de Píndaro, autor de los más célebres epinicios, aquí el paraje donde los hijos de Edipo se atravesaron el corazón con sus lanzas bien afiladas, sobre esta piedra estuvo posada la esfinge, sobre aquel campo lanzó Cadmo las piedras que luego se cambiaron en sanguinarios guerreros.

Pero nada de aquello parecía reclamar su atención.

Al fin llegamos al umbral de la casa.

Estas son las armas de mis antepasados, le dije. Aquellas, las dependencias de los esclavos, pero mi padre posee muchos más en el campo. Mi casa es tan rica que no se compra nada fuera de ella. Los campos producen el aceite y el trigo necesarios. El gineceo, los vestidos. Todos los días llegan anguilas frescas del lago, frutas y verduras de nuestros huertos. Hasta la sal. Y, por supuesto, las telas.

Tampoco esto parecía asombrar al recién llegado. Tomó aliento en el atrio y siguió caminando a lo largo del sombreado peristilo. Insensible al calor y al cansancio. Por alguna razón, aquello debía resultarle muy familiar. Pidió agua y un esclavo le acercó una bandeja con una jarra y dos vasos de vidrio. Él tomó la jarra y bebió largamente. Sin quitarse el polvo del brazo, se secó la boca, que aún goteaba, y sus ojos resplandecieron como el inicio de una tormenta en las cumbres del monte Citerón.

Contempló las estatuas, los jardines, los colmillos de elefante que había traído mi abuelo de Egipto, las ánforas que nunca se usaban porque contenían en pintura las antiguas historias de Tebas, los tejidos entreverados de oro que pendían de los venerables muros de la casa, el estanque con peces de colores, los suelos recién fregados y, en definitiva, todo lo que hacía de mi padre un hombre respetado por todos; sin que su mirada perdiera la compostura, dejó escapar una risa regocijada.

Esa risa no solo penetró en mis tímpanos como el cuerno que anuncia el principio de una batalla, sino que me hizo compren-

der, de improviso, que en el mundo había algo más que campos sembrados y fanegas de trigo, magistrados y estrategias, honores y distinciones venales, bellas y complacientes esclavas.

Más incluso que la ciudad, que Tebas, con su historia milenaria y las deliciosas anguilas del lago y las absurdas pretensiones de hegemonía; nosotros, que en el fondo no éramos sino medio bárbaros, comparados con los atenienses, incluso con los corintios, aunque gracias a los dioses que medio bárbaros, pues tal vez aquello lo explicaba todo ¿Acaso mi maestro no era de Sínope? ¿Acaso no vivían más allá de Sínope, no ya los bárbaros, sino los hombres de un solo ojo y una sola pierna, los terribles arimaspis? ¿Acaso no estaba cerca la roca donde Prometeo, tal vez el primero de los nuestros, el primero en experimentar los agujijones de la desgracia y la incertidumbre, pasó mil años suspendido sobre el abismo, mientras el ave del padre Zeus descendía cada tarde del cielo para devorar sus entrañas? ¿Acaso no éramos también, nosotros mismos, semejantes a Prometeo?

Dejé a mi futuro maestro reposar algún tiempo en una de las habitaciones más frescas. Luego fui a saludar a mi padre, que acababa de regresar del Ágora, mientras tomaba su baño y era masajado y agasajado a conciencia por los esclavos y un principio de repugnancia, una especie de moho, comenzó a crecer en mi corazón. Mi padre me sonrió desde su lecho perfumado y, bajo los poderosos brazos de los esclavos, quiso informarse de mis progresos.

Antes de ver al caminante, esa misma noche, tuve mis clases con el pedagogo que me hacía aprender de memoria los hexámetros de Homero, con el músico que me enseñaba entonces a pulsar la cítara y con el tracio que mi padre alojaba para que me mostrara los rudimentos de la lucha con el escudo y la espada.

Pero hay que tener en cuenta que no estaban muy distantes los tiempos del divino Epaminondas, cuando mi semibárbara ciudad, cuyo dialecto resulta tan desagradable de oír a los otros griegos, aún albergaba sus ridículas pretensiones de hegemonía sobre eso que llaman la Hélade.

Antes de reunirnos bajo las estrellas, esa noche, tuve aún varias ocupaciones que despachar. Así que tomé un baño, cabalgué al atardecer el corcel que mi padre me había regalado cuando me inicié en los misterios y también visité la casa de la hetaira más célebre de Tebas, donde, desde hacía varios meses, tenía la costumbre de relajarme una o dos veces a la semana.

Bajo aquel estado de ánimo, embotado y pacífico, me tendí junto al caminante en el patio de nuestra casa, pues para la sala de banquetes hacía aún demasiado calor. Como era costumbre, la mesa de mi padre estuvo adornada con las más bellas flores, regada con los más delicados vinos y aderezada con los más raros y seleccionados manjares.

Observé que el recién llegado apenas bebía sino agua y que se limitaba a comer aceitunas, higos y un poco de queso de cabra. Cuando por fin se hizo el habitual silencio que acompaña a los estómagos llenos, en lugar de disfrutar de flautistas y citaredos, en lugar de dejarnos agasajar por eunucos y hermafroditas, dejaron hablar al filósofo, como despectivamente se refería mi padre a los vagabundos que vendían su sabiduría por un corto hospedaje.

II.- Pero me parece que aún no he mostrado suficientemente a Diógenes, en aquel nuestro primer encuentro, cuando yo aún vivía cautivo de las riquezas, los lazos familiares, las convenciones, el aprendizaje tradicional, la ciudad y todo tipo de necesidades sensuales.

Su cuerpo era todo lo contrario al canon al que nos tienen acostumbrados los escultores: contrahecho, medio cojo, los huesos de su espalda emprendían una danza al más mínimo movimiento, hacía tiempo que la mitad de sus dientes le habían abandonado y no exhalaba su aliento precisamente olor a lavanda, sino a cebollas y ajos.

Ahora creo que, aparte de la risa, toda su fuerza residía en sus ojos y en sus manos cargadas de nudos. También en su voz tonante y bien modulada. Si bien su cuerpo debía parecerse al de Hefaiostos,

sus ojos, sus manos y su voz eran los de Herakles o tal vez los de Prometeo.

Ahora me pregunto si toda aquella impasibilidad se debía a que era uno de los pocos hombres que se bastaban a sí mismos o si era el hecho de bastarse a sí mismo lo que le hacía parecer divino, lo cual es lo mismo que decir libre y autosuficiente.

Cuando hablaba en serio, lo menos frecuente, los ojos resplandecían, las manos danzaban y su voz parecía volar hacia las cumbres más inaccesibles, coronadas por la neblina de sus igualmente inaccesibles certezas. Cuando despachaba sus bromas, sus chistes, sus bufonadas, en sus ojos creíamos ver a Sócrates, pero a un Sócrates loco, mientras con sus manos daba forma a lo que su voz expresaba, siempre de una forma tan adecuada que pronto nos sentíamos bajo el influjo de algún tipo de hechizo del que nos llevaría largo tiempo librarnos.

Sus ojos, sus manos, su voz, parecían alimentarse a sí mismos y no necesitar nada más. A su lado, es decir, al lado de aquella barba hirsuta, la cual comenzaba ya a volverse ceniza, al lado de las modestísimas ropas, del nudoso bastón, el arrugado zurrón y el sudado y polvoriento sombrero, el resto del mundo parecía innecesario, prescindible e inútil. Como si él fuera lo único necesario, el primer axioma del que se derivara todo el resto del mundo. O bien la línea divisoria entre lo necesario y lo innecesario.

Sus palabras eran como la melodía de los pájaros de ciertas islas que he visitado, a la cual solo faltaba un cierto grado de concordancia para llegar a la más perfecta armonía, la cual, al decir de los físicos, solo puede ser alcanzada por la música, inaudible, que producen los astros al girar entre sí, cada uno de ellos auriga de sus respectivas esferas.

Pero lo mejor de él era, sin duda, aquello de lo que carecía: vergüenza, necesidad de riquezas y honores, halagos, ataduras y convenciones, miedo irracional a los dioses, molicie y debilidad del espíritu.

Todo lo que decía se parecía al agua recién brotada del manantial, algo puro y transparente, tan esencial que, al ser bebido, se

incorporaba a cada átomo de mi cuerpo, a cada latido del corazón, a cada pulsión de la mente, quedándose allí para siempre, tan puro e incontaminado como la chispa divina que ilumina nuestra razón.

Si alguna vez había alimentado yo veleidades de valer más que alguien, gracias a mis antepasados ilustres, a la opulencia de la casa paterna, a los honores ciudadanos que me aguardaban, al matrimonio que contraería en el futuro, a las batallas cuya sola imaginación me excitaba en las primeras horas de la noche, a los libros que leería o a los sistemas filosóficos que alumbraría en mis horas ociosas, a mis sentimientos de complacencia hacia mi propia persona, allí estaba él para recordarme que todo aquello no significaba sino cadenas y sumisión.

Que la libertad solo radicaba en la franqueza de palabra, sin la cual no somos sino pobres esclavos, en la austeridad extrema, sin la cual la Fortuna ejerce un excesivo influjo sobre nosotros, en la desvergüenza más radical, gracias a la cual nuestra vida se asemeja a los seres más dichosos que viven sobre la tierra, es decir, los animales y tal vez los dioses.

Lo de menos es que hubiera vivido en su tonel, que hubiera salido, a plena luz del día, en busca de un hombre con un candil, que, años después, le dijera a Alejandro que lo único que esperaba de él era que no le impidiera recibir los rayos del sol, que Platón le tildara de Sócrates loco, que hubiera tenido que huir de su tierra natal por haber invalidado la moneda en curso, valiéndose de un simple buril.

Lo verdaderamente importante era lo que estaba invalidando al quebrar la moneda de Sínope, el miedo que había infundido en aquellas gentes como para obligarle a exilarse de su primera tierra, lo importante era por qué Platón le consideraba su mayor enemigo, por qué no necesitaba ninguna dádiva de Alejandro, por qué podía ser feliz viviendo en su tonel, bebiendo agua sin utilizar ninguna escudilla, durmiendo en la calle, sin otras posesiones, sin otras necesidades que su manto y su báculo. Pues con su buril no solo se proponía invalidar la moneda, sino todo un orden corrompido e injusto.

Incluso masturbándose en público, afirmando que ojalá que el hombre pudiera llegar a satisfacer el hambre por el mero hecho de rascarse la tripa. Porque no enseñaba a base de letras y órdenes, sino de palabras y ejemplos. Su propia persona era la más insigne enseñanza, como si toda la sabiduría, inútilmente perseguida por el resto de las escuelas, se hubiera encarnado en aquella boca desdentada, en aquellos dedos nudosos, en aquella mirada tan leve como el vuelo de un gorrión al atardecer.

Todo cuanto los hombres mortales habían levantado a base de prejuicios, de engaños, de autojustificación, de miedos irracionales, de absurdos innumerables, de ausencia de capacidad crítica, de falta de moderación, deseos de sobresalir, avidez y sensualidad, él lo destruía, sin precisar para ello el discurso, las palabras, sino solo unos cuantos gestos, unos pocos ademanes, todo ello aderezado con chistes, apotegmas, diatribas, breves y enjundiosas sentencias.

Él, verdaderamente, nos enseñaría a estar orgullosos de pertenecer a la secta del perro, es decir, a ser como dioses. Pero para aquello serían necesarios años de entrenamiento y fatigas, semanas de recorrer polvorientos caminos, días en los que no sabríamos bien discernir si nuestra humanidad nos había abandonado, o al menos así me lo figuraba yo entonces.

A pesar de que cuando nos levantamos por la mañana, el vagabundo ya se había ido y por supuesto nadie supo dar razón de su paradero, mi corazón ya estaba herido de *parresía*, y así todo cuanto me rodeaba empezó a parecerme hueco y con poco sentido, como el decorado de los teatros donde se representan tragedias que ya no inducen a nadie a las lágrimas, sin duda porque, en nuestros tiempos de decadencia, esto es, en la edad del hierro que ha seguido a las de oro, de plata y de bronce, ya nadie es capaz de entenderlas.

En el tiempo que siguió, a pesar de que yo trataba de retomar la vida ordinaria, mis paseos a caballo, los ejercicios en el gimnasio, las lecciones de música y poesía, o las visitas a casa de Crisótemis, nada podía ya seguir siendo igual.

Cabalgando el corcel que mi padre me había regalado, recorría los caminos por los que era más probable que el vagabundo regresara una mañana a nuestra ciudad.

La cada vez más lejana iniciación en los misterios me dejaba un vacío insondable, imposible de colmar.

En el gimnasio, los ejercicios me parecían mezquinos y repetitivos, lo mismo que las lecciones de esgrima de nuestro magnífico tracio.

Nada más artificial que las lecciones de música o poesía ¿No estaba la verdadera música en las palabras de aquel Diógenes? ¿La verdadera poesía en su manto, su cayado y su zurrón? ¿La sabiduría en su elocuente silencio?

En cuanto a las hermosas hetairas de la casa de Crisótemis, sentía el deseo irreprimible de liberarlas a todas. Ya no les haría torpemente el amor, embriagado de vino y coronado de hiedra, para luego volver a sentir el mismo tedio irremediable, sino que las llevaría al lugar más apartado de la casa, seguro que la azotea, en las noches de verano, y allí les pediría que me hablaran de sus ciudades o aldeas, de cómo fueron capturadas por los piratas o vendidas por sus padres para saldar una vieja deuda, tratando de encontrar, en sus voces quebradas por la fatiga y el desengaño, las huellas de nuestro celestial peregrino.

Una muchacha persa que se llamaba igual que una reina, Parisátide, me dijo que, tras ser apresada en una de aquellas incursiones, había servido durante algún tiempo en una gran casa de Sínope. Me habló de la ciudad durante noches enteras —aunque sin jamás mencionar a Diógenes— y yo, en agradecimiento, le pedí a mi padre que la liberase, pagándole el doble de su precio a Crisótemis. Como mi padre no podía negarme nada en aquel tiempo, un día llegó a nuestra casa un palanquín arrastrado por dos jóvenes esclavos. De él surgió Parisátide ataviada con sus mejores galas, un vestido de seda de Cos que le había regalado Crisótemis para hacerla más deseable a sus nuevos amos, los ojos pintados de khol y la boca rezumando de púrpura.

Sin embargo, muy pronto me di cuenta de que algo no había ido como yo esperaba.

Cuando vendí mi corcel en secreto y le entregué a Parisátide una importante suma, con el fin de hacerla regresar a Persia lo antes posible, todo ello concertado en secreto con el capitán de una trirreme de Calcis, el puerto más próximo a nuestra ciudad, mi padre, tras azotarme con sus propias manos, que afortunadamente la edad debilitaba cada día más, mandó recluirme en una torre que poseía en medio del campo. Y allí fue donde se produjo mi verdadera *epopteia*, que es la palabra que emplean los iniciados cuando quieren decir que ven a Deméter en el fondo del Plutonium de Eleusis. Solo que, en la mía particular, yo solo era capaz de evocar a Diógenes.

III.- Desde la torre se divisaban los ondulantes campos sembrados de trigo. Finales de Boedromión, mes de las fatigas y del amor. A lo lejos, las murallas de la ciudad, un destello blanco, bien un conjunto de huesos tras de algún sacrificio. La torre no quedaba lejos del camino que, a través del Citerón, conduce hacia la llanura del Ática, donde viven nuestros enemigos los atenienses.

Y tampoco lejos de los caminos que, en el otoño, comenzarían a transitar las hordas de bacantes en busca de los apartados rincones donde, a su manera, se librarían de sus tristes labores domésticas para adorar a su señor niño Dionisios, para rendirse a la sagrada embriaguez de los bosques, donde serían poseídas, una y otra vez, por faunos y pastores y vagabundos, o practicarían en grupo los deberes de Afrodita y ¡ay del miserable Penteo que tuviera la desdicha de cruzarse en el camino de aquellas mujeres!, pues sería despedazado y su cabeza arrojada al Ismeno en señal de victoria.

Durante tres días rechacé el alimento que dos campesinos enviados por mi padre me ofrecieron cada mañana. Pasaba adormilado la mayor parte del día, pues el último piso de la torre, donde había dispuesto mi padre que me alojaran, carecía de techo y la claridad y el calor me cegaban los ojos y vaciaban de fuerza mi

cuerpo, hasta el punto de pensar que aquella languidez me acabaría conduciendo hasta las mismas puertas del Hades.

Por la noche, sin embargo, revivía y me ponía a contemplar las estrellas y trataba de recordar las enseñanzas de cierto astrólogo que había pasado también, en mi niñez, por la casa de mi padre y que había profetizado que yo sería algún día pastor de grandes multitudes de hombres y de mujeres.

Reanimado por el frescor de la noche, era como si la vida regresase a mis venas y articulaciones, pero lejos de ansiar el regreso a la ciudad, pensaba que, con aquella forma de vida, me entrenaba para ser algún día como el divino Diógenes, el cual, por más esfuerzos que hiciera, se negaba a abandonar mis ensueños.

Mi casa, con sus esclavos y sus cómodos triclinios y sus baños y los recuerdos y la panoplia de armas de mis antepasados, se me hacía un lugar de cadenas y oprobios donde el curso de mi vida estaría para siempre previamente trazado, donde yo sería como uno de esos muñecos que se exhiben en las fiestas de la cosecha, donde cada uno de los movimientos del títere responde a una infinitesimal pulsión en los dedos del maestro de títeres y donde los diálogos, hasta los regocijos, los enfados y las reconciliaciones, están desde el principio en la mente de aquel, pasando a los ligeros miembros del títere merced a la más insignificante pulsión de las cuerdas.

En cambio, en la soledad de aquel campo, en el último piso de nuestra torre —que, según decía uno de los rústicos, había servido de refugio a un grupo de soldados persas, tras la batalla de Platea, que distaba pocos estadios de aquel lugar—, bajo las mudas estrellas, disfrutaba de libertad suficiente como para recordar todo lo que había oído decir a Diógenes, para imaginarme cómo sería mi existencia en caso de reunir el coraje necesario para recibir la auténtica libertad.

Mientras vivía en casa de mi padre, pensaba ahora, todo tipo de deseos me tenían atrapado. No solo lo que los epicúreos llaman deseos naturales y necesarios, o bien naturales e innecesarios, sino

todo aquello que se relaciona con la gloria futura de un joven: el deseo de ocupar las más altas magistraturas de la ciudad, o quién sabe si de emular las hazañas de los más grandes generales (que solo ahora sé que no son capaces sino de sembrar la desgracia y la muerte en el género humano) o, mejor aún, la de ser como el poeta Píndaro, para que así Alejandro respetara mi casa cuando hubiera arrasado todo el resto de la ciudad.

Y, en ese caso, mi voz sería tan excelsa que, como había ocurrido, según otro de mis maestros, en el caso de Troya, sería suficiente para ordenar a las piedras que, disponiéndose mágicamente en el lugar apropiado, elevaran cordilleras de muros inexpugnables. Y solo así estaríamos todos tan bien protegidos que a nada, absolutamente a nada, temeríamos entonces.

En la torre, despojado de la posibilidad de satisfacer otros deseos que no fueran hijos de mis propios pensamientos, procuraba, en lugar de conformar el mundo a aquellos, hacer más bien lo contrario, encontrando una forma de pensar, de dar forma a mi genio particular, que me guiase por el siempre difícil camino de la *enkrateia*, es decir, del dominio de mí mismo.

Pero solo más tarde podría llegar a reparar en lo que mis condiciones naturales, la esencia misma de mi carácter, mi repugnancia interna hacia todo cuanto esclaviza a los hombres, hacia toda forma de violencia, habían contribuido a hacer de mí un adecuado receptáculo para las enseñanzas de mi maestro, un surco de tierra removida que no puede sino esperar con avidez la adecuada semilla ¿Y qué son las palabras sino semillas que, adecuadamente plantadas, producen cosechas y hasta selvas inextricables?

Cuando ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en la torre —aunque creo que el ardiente Boedromión había dado paso al más benigno Pianepsión, pues una noche pude oír las fiestas de la cosecha que celebraban los campesinos en la aldea más cercana— me anunciaron que al día siguiente llegaría mi ansiada liberación y que entonces regresaría a la ciudad para proseguir con la pantomima de lo que llamaban mi educación.

Tras la primera sensación de extrañeza, incluso de falso júbilo, me asaltó un irreprimible deseo de huir hacia algún lugar donde pudiera seguir dando forma a mis pensamientos en la manera que yo creía propia de un Diógenes. Aunque aquí habría que distinguir entre el verdadero Diógenes y el que peroraba y me desafiaba desde el interior de mi excitable imaginación.

En definitiva, no me encontraba todavía preparado para afrontar una vida que, desbaratando el trabajo ya realizado en la soledad de la torre, me arrastraría, sin duda, por la pendiente que conduce hacia la sima donde la independencia, el bien más alto al que pueden aspirar los hombres y las mujeres, se convirtiera en algo tan irreal —solo ahora puedo decirlo— como la empusa, la arpía o la sirena evocadas en sus cantos por los poetas.

Al atardecer, el administrador de mi padre, que había venido especialmente para conducirme de vuelta hasta la ciudad, me hizo entrega de una pequeña suma de dinero y me permitió recorrer a pie el corto camino que nos separaba de la aldea donde pocos días antes se había celebrado la fiesta de la cosecha. En aquella aldea, bastante miserable por cierto, la mayor parte de los campesinos eran clientes, bien de mi padre, bien de las otras familias nobles de la ciudad.

Como nadie se había preocupado por mis ropas durante los días en que estuve en la torre, debía yo tener, además de no ser hermoso ni bien formado por naturaleza —lo cual me asemejaba más aún al divino Diógenes— el aspecto de un campesino beocio, salvo porque mi rostro no estaba aún curtido por el sol de los caminos, ni por el viento del mar, ni por ningún otro tipo de carencia.

Desde la más tierna infancia no podía dejar de imaginar la decepción de mis padres, ambos hermosos y bien formados, al contemplarme por primera vez, antes de abandonarme en manos de mi buena nodriza, y su probable disgusto al no ser Zeus y Hera y no poder arrojarme así, como a Hefaiostos, desde las cumbres del Olimpo hasta la volcánica Lemnos.

En cualquier caso, mis ropas sucias y descuidadas, el bastón que había elegido al azar, el pelo y la incipiente barba sin arreglar,

regalos todos ellos de mi feliz encierro, me aproximaban más a un pastor o a un campesino que al descendiente de una familia de respetables ciudadanos ¿Pero acaso suponía todo aquello el menor inconveniente para mí? ¿Para un joven que, habiendo dejado atrás la efebía, solo soñaba con liberarse de la apariencia y encontrar de verdad el mundo real?

IV.- De camino a la aldea, cerca de uno de los lagos que en el pasado abundaban tanto en nuestra tierra natal y que fueron poco a poco desecados por el trabajo y la industria de los beocios, observé la pequeña comitiva detenida en una de las orillas. Me aproximé al lugar que ocupaban los caminantes, ya que de lo contrario hubiera tenido que salir del camino y ganar la aldea por un saliente escarpado, lo que no estaba predispuesto a hacer debido al asfixiante calor.

Un cortejo de hombres y mujeres de Maronea, dirigiéndose sin duda a nuestra ciudad, había hecho alto en el camino para almorzar, lavar la ropa en las aguas del lago o tal vez incluso para pasar la noche. Oculto entre los juncos, me entretuve en observar el baño de algunas jóvenes, al parecer, en edad de contraer matrimonio.

Sus formas blancas, introduciéndose en el agua del lago, incitaron mi sensualidad hasta el punto de olvidar por un momento los propósitos que me había forjado en el interior de la torre. Desde que había contemplado a Parisátide saliendo de aquel carro —ahora recuerdo que estaba adornado con cuernos de la abundancia, pámpanos y cestos de frutas—, jamás había reparado en que el mundo real también cuenta entre sus contrastes, como si se tratara de dos notas musicales altisonantes, con el cuerpo de los hombres y las mujeres.

Una de las muchachas se acercó hasta el lugar donde yo permanecía agazapado. Pronto comprendí que me había descubierto. Incapaz de apartar la mirada, sostuve la suya como imagino que habría hecho el Acteón de las historias que relataba nuestro rapsoda, cuya desvergüenza le valió ser convertido en ciervo para morir después despedazado entre los dientes de una jauría de perros.

Jamás, ni en las estatuas, ni en casa de Crisótemis, había experimentado una impresión semejante. Entonces, los personajes femeninos de las historias acudieron a mi mente en tropel, pero sin poder superar a aquella joven, ni en cuanto a la armonía de Apolo, ni en cuanto al fuego devorador de Afrodita, para expresarlo de la forma más tónica y para que todos puedan entenderme a la perfección.

Verdaderamente, me dije, los dioses no podían sino ser como aquella figura a la que atacaban los últimos rayos del sol de la tarde, aunque sin disminuir en absoluto lo que me pareció ser otro tipo de luz, esta vez brotando del interior de aquellas formas fulgentes.

Cuando aguardaba ávidamente mi castigo, la joven emitió una risa ahogada y se contoneó delante de mí. Una extraña comunicación se estableció entre nosotros. Había algo en ella que pretendía darme a entender que no era como el resto de las muchachas de Maronea. Que era tan libre como yo pretendía serlo en el futuro. Y que, si alguna vez me relacionaba con ella, nuestro comercio solo podría quedar asentado sobre la más perfecta camaradería e igualdad, lo cual me llenaba de un vértigo incluso mayor que su desnudez.

Enseguida, la voz de otra mujer, tal vez su madre, la apartó de mi lado. Sacudiendo la mano, se alejó con el agua rodeando primero la cintura y luego los muslos. Pronto solo quedaron tras ella las trémulas aguas, lanceadas debajo por diminutos peces que me parecieron de un extraño tono verde azulado, sobrenadando el lugar donde el sedimento de mi deseo se mezclaba con el fango del lago.

Con la convicción de que no me delataría, di media vuelta dispuesto a marcharme, pero entonces observé por casualidad mi propio reflejo en el agua. El castigo por mi atrevimiento no dejó de fulminarme al instante: el rostro desprovisto de la menor proporción, la mandíbula demasiado abultada, las cejas hirsutas, aquella mirada de fauno que hería, en lo más profundo, la delicadeza del sentimiento ¿Podría un ser así engendrar jamás algo parecido al amor? Aquello para no hablar de mi incipiente cojera, de mi

espalda ligeramente contrahecha, de mis facciones vulgares y de mi forma de andar, como si aún siguiera a lomos de algún caballo.

Como si me lanzara una migaja, ella me había mirado y, comprendiendo al instante mi fealdad, había querido depositar en mí su inaccesible y altanera belleza, pues, como diría después mi maestro, ¿acaso pueden contaminarse los rayos del sol, aun cuando brillan sobre un albañal? No, le respondí yo al instante, eso es completamente imposible, inimaginable.

Mientras me alejaba de los cañaverales, mis venas se habían transformado en conductos por los que circulaba el bronce fundido del que se modelaban antiguamente las armas. Al mismo tiempo, el contraste entre su belleza y mi fealdad me hacía anhelar la fusión de los contrarios de Heráclito, hasta llegar a comprender que si ella era hermosa no sería sino gracias a mi fealdad, y si yo apenas podía soportar mi propia visión en el lago, aquel desagradable sentimiento era lo que la hacía a ella tan digna de admiración.

Entonces, como si se tratara de un conato de rebelión, surgió el siguiente pensamiento dentro de mí: si ella supiera que no soy un pastor, un esclavo, si conociera lo que realmente soy, el descendiente de mis antepasados, el futuro magistrado de Tebas, tal vez habría escapado despavorida, y entonces la condescendencia se habría transformado en ese tipo de igualdad, tan repugnante a la naturaleza, que hace avanzar los asuntos humanos, sin duda por los senderos de la más perfecta degradación.

Asustado ante la confusión de mis pensamientos, quise apartar la imagen de la muchacha de la mente, volviendo a entronizar en ella a Diógenes. Pero, por alguna razón, supe que todo estaba completamente perdido. Lo que había tomado por una predisposición innata a librarme de cualquier clase de cadenas, caía ahora sobre mí, transformada en la mayor prisión que podía imaginarse.

Poco a poco, pensé en mí como un ser repugnante, una alimaña que vagaba por los campos sin rumbo. Aquel periodo en la torre no había hecho de mí algo mejor sino, por el contrario, algo mucho peor.

Entonces pensé que regresaría a casa de mi padre, a la odiosa Tebas, donde retomaría mi papel de disoluto hijo de familia, le rogaría a mis parientes que me procuraran un protector para entrar en carrera que conducía hasta las más altas magistraturas, me consagraría a la gimnasia cada mañana, aprendería a manejar con destreza las armas, me convertiría en un tebano de los pies a la cabeza y exigiría de mi padre que entrara en tratos con aquella pobre familia de Maronea —que, a fin de cuentas, siempre había sido una pequeña ciudad, cliente además de la nuestra— para concertar matrimonio con una joven cuyo nombre aún me resultaba desconocido. Pero, por encima de todo, desterraría para siempre a aquel sabio vagabundo de mi cabeza, a aquel mendigo de Sínope, pues ¿acaso no era él responsable, en última instancia, de toda la confusión que recientemente se abatía sobre mí?

V.- Pero no quiso Fortuna que las cosas se desarrollaran de aquella manera. Nada más regresar a mi torre, vi que la pequeña comitiva de Maronea se había detenido para preguntar algo al administrador de mi padre, que, alarmado ante mi tardanza, había despachado dos esclavos en mi búsqueda.

Para mi asombro, pues en aquellos tiempos aún era capaz de asombrarme, el administrador daba puntual cuenta de mis asuntos a los desconocidos, que unas veces reían y otras daban muestras de unos cuidados que yo estimaba perfectamente fingidos.

Pronto pude distinguir el rostro de Hiparquía, pues así se llamaba la joven que había visto en el lago, coronado de hiedra. Ella también reía y aquello me llenó de una indignación tal que decidí abandonar para siempre a mi padre, sobre todo cuando, viendo mis más salvajes anhelos convertidos en inesperada realidad, oí al padre de la muchacha alabar el buen partido que sería para ella el hijo de Eutíquides, el tebano, es decir, yo mismo.

A estas alturas me parece innecesario aclarar que Eutíquides era el nombre de mi padre, hijo de Crates, mi abuelo, hijo de Eu-

tíquides, mi bisabuelo, y así hasta llegar a Cadmo, en el momento de sembrar los dientes del dragón en aquellos mismos campos que ahora tan tristemente pisaban mis pies.

Mientras el liberto enumeraba las granjas de Eutíquides, los medimnos de trigo que cada una de ellas podía producir, su traducción en talentos de plata, las generosas contribuciones a la ciudad, los exvotos de mi familia que adornaban los templos más importantes de Tebas, me descolgué sin ser advertido por una soga y, aprovechando que se cernía sobre nosotros la mayor oscuridad, abandoné para siempre aquel odioso lugar.

Tras recorrer el sendero que unía la torre con el camino que conducía desde Beocia hasta el Ática, se me presentó la primera bifurcación: si giraba hacia el norte, la comodidad, la patria, la sensualidad y la riqueza; si doblaba hacia el sur, en cambio, las abruptas cumbres del Citerón y, junto a ellas, la pobreza, el esfuerzo y, no obstante, la posibilidad de vivir una existencia verdadera y auténtica.

¿Habría de hacer yo una elección distinta de Herakles? ¿Debía tomar el camino que baja en lugar del que asciende? ¿Conformarme con una suerte que no había ganado en buena lid o estar preparado para cualquier tipo de calamidad? ¿Disponer de muchos talentos y ser pobre, o ser rico sin disponer de uno solo? ¿Quejarme en medio de la molicie o demostrar que la felicidad es posible aun en las más duras circunstancias?

Por supuesto, las cosas no resultaron tan sencillas como yo imaginaba. Recuerdo que, en aquella encrucijada, había una pequeña estatua de Hécate y a su alrededor algunas ofrendas que habían depositado los caminantes para propiciarse a la diosa. Tomé la mitad de lo que había metido en mi alforja y lo deposité a los pies de aquella divinidad infernal que, por alguna razón, es también la guardiana de los caminos.

Al hacerlo, pensé que aquella era la última ocasión en que rendía tributo a los dioses con alimentos, pues en adelante sería yo mismo el que me ofrendaría no a los dioses, sino a la única guía que consentía en aceptar, desde aquella noche en adelante, es decir,

la existencia natural y la vía de la libertad que conduce a la misma.

Luego me dije que todos los deseos incontrolados que me habían asaltado durante los últimos días no podían ser sino hijos, en último caso, de aquellas mismas convenciones contra las cuales debía empeñarme en luchar si quería de verdad convertirme en un hombre libre y, como tanto le gustaba repetir a Diógenes, desembarazado de cualquier tipo de cadenas y de grilletes, tanto físicos como mentales.

Pero puede que todo aquello no fueran sino adornos que yo mismo he ido confeccionando conforme la vida cínica y errante fue tomando posesión de la totalidad de mis pensamientos. Puede ser que no fuera yo así entonces. Que la razón de mi huida se debiera más al despecho que al hallazgo de cierta forma de virtud liberadora. Que mi camino estuviera pavimentado de dudas mucho antes que de certezas. Pues así funciona, en efecto, la naturaleza del carácter cuando nuestros oídos no se han expuesto, en medida suficiente, a las oportunas lecciones.

En cualquier caso, cuando el camino comenzaba a ascender hacia las montañas, cuando la noche derrotaba al día y lo hacía emigrar hacia las profundidades del golfo, cuando sentía el cansancio agujoneando mis piernas como un sabio recordatorio de todo cuanto dejaba atrás, cuando el bello rostro de Hiparquía, coronado de hiedra, parecía reflejarse en la luna que iluminaba ahora mis pasos con inusitada ternura (ven a mí, hijo de la apariencia y el engaño, que yo te mostraré cuanto necesitas saber) todo parecía haber encontrado el lugar correcto y el mundo, poco antes desgarrado por un sinfín de fuerzas contradictorias, parecía por fin adquirir una dirección duradera y estable.

Nunca como aquella noche pudieron hacerse más ciertas las palabras que más tarde escucharía de Diógenes, según las cuales todo sonríe al renunciante. Como una premonición de lo que podría ser mi vida a partir de entonces, me interné alegremente por las selvas que, como un negro manto, se arremolinaban alrededor del monte santo de los beocios.

El mes de Boedromión me ofreció higos y toda clase de frutas, para alcanzar las cuales solo era preciso alargar mis brazos por encima de mi cabeza. Fue también en aquel primer viaje cuando empecé a saborear las bellotas, alimento considerado como vil e indigno por la mayoría de los hombres, pero que a mí me supo como un divino manjar, pues sentía que eran los brazos de las divinidades desconocidas quienes me brindaban aquel sustento.

A los flancos del camino crecía una multitud de vegetales comestibles y también me daba la sensación de que, si me detenía en algún recodo, todo género de volátiles, incluso pequeños mamíferos, acudirían diligentemente a mis manos para dejarse devorar entre mis manos.

Pero no se materializó así la fortuna del vagabundo, sino en la forma de un grupo de pastores que, por la estación, transportaban sus rebaños hacia las majadas recién cosechadas. De todos es sabida la frugalidad y la hospitalidad de los pastores de las montañas. Sin embargo, en aquel mi primer encuentro con ellos, su fama superó todas las expectativas.

Al parecer, se habían reunido junto al fuego casi todos los miembros de una misma familia. Para no despertar sospechas, tuve que inventarme un nombre de liberto, aunque a la mañana siguiente, como si hubiera estado sostenido por los dedos del humo, aquel nombre ya se había esfumado de la memoria.

Aquella noche cené, empapándome de grasa hasta las rodillas, tibias de cordero, silfio local, mucho mejor que el importado de Cirene, leche en abundancia y olivas silvestres, más carnosas de las que se servían en mi casa.

Tras varios tragos de un vino áspero y muy denso que uno de aquellos pastores guardaba en una tripa de cerdo, comenzó el rústico banquete, donde no se habló de filosofía, ni del bien, ni de las hazañas de los personajes de Homero, sino de la mejor manera de esquila el ganado, la forma de ayudar a parir a las cabras o del número de noches que debe la leche ser sacada a la fresca antes de cuajar como es obligado.

En agradecimiento por aquella hospitalidad, se me ocurrió referirles la historia de Edipo, que precisamente había sido abandonado en aquellas mismas montañas, con los pies agujereados, de ahí su nombre, y que también había sido recogido por algún antepasado de mis anfitriones para conducirlo a Corinto, donde en adelante sería criado como hijo del rey Pólipo y de la reina Mérope. Todo para que pudiera cumplirse la *moira* que gobernaba cada uno de los sucesos de aquellos héroes antiguos, sin la menor excepción.

Después de escucharme atentamente, uno de aquellos pastores, que aparentemente conocía la historia por habérsela oído referir a otros habitantes del Citerón, me mostró el lugar donde había yacido Edipo bajo un laurel y luego pasó a contarme la verdadera historia del hijo de Layo, la cual, si bien no recuerdo con total exactitud, apenas tenía nada que ver con la versión recitada por los poetas en la ciudad.

Según aquel pastor, Edipo había sido un gran rey que, después de repartir sus riquezas entre sus súbditos y de instaurar un régimen democrático, se había retirado a vivir en la soledad de las montañas. Allí había disfrutado momentáneamente de una existencia feliz, pero aquel idilio duró hasta el día en que la esfinge había lazado la mortífera peste sobre sus conciudadanos. Presa del dolor al ver destruida su obra, Edipo comprendió que la peste enviada por la esfinge no era ninguna otra enfermedad, sino la avaricia humana, la cual no puede sino corromper la ley de la democracia y que, por lo tanto, no había dejado de producir disputas y distensiones.

Los hijos de Edipo, Eteocles y Polinices, se disputaban el trono de Tebas y habían echado por tierra los sabios principios que constituían el legado de su padre. Su esposa, Yocasta, estaba del lado del invasor, Polinices, mientras que el hermano de esta, Creonte, animaba a Eteocles. Finalmente, se había resuelto que ambos hermanos midieran sus armas en singular combate y que el que venciera fuera proclamado rey sin más dilaciones.

Incapaz de evitar la muerte de sus hijos, no menos que la animosidad que se había apoderado de la ciudad, Edipo decidió re-

gresar a los montes. Pero, como los recuerdos de su familia no le dejaran la paz suficiente para disfrutar de su anterior existencia, había suplicado a los dioses acabar lo antes posible con su vida, lo cual le había sido concedido en Colono, a medio día de camino del lugar donde nos encontrábamos aquella noche. Nada más llegar a Colono, en compañía de su hija, Antígona, Edipo se transformó en una roca de la que, en las noches de invierno, brotaban aún suspiros y llantos, aunque también consejos y máximas.

Tras escuchar la tergiversada historia de Edipo, caí en un sueño profundo y reparador, hasta que a la mañana siguiente el perro del rebaño me despertó restregando su enorme lengua por todo mi rostro. Alabé en mi interior a los perros, que no pueden distinguir otra belleza que la calidez de la sangre, otra armonía que su secular alianza con los mortales. Al poco me despedí de los pastores, que depositaron el resto de la cena de la noche anterior en mi zurrón y pronto llegué al punto donde se acaba Beocia cuando el sol alcanzaba su acmé.

La idea de encontrar a Diógenes en el barrio de Atenas donde, según se decía, había emplazado su tonel, me hizo recorrer con presteza el camino de bajada que conduce hasta el golfo inferior, que, a diferencia del superior, está sembrado de islas. A veces me detenía bajo la sombra de los gigantescos pinos y saboreaba las tibias de cordero que la generosidad de los pastores me había obligado a aceptar. Bebía de las fuentes y disfrutaba de la misma profusión de la naturaleza que ya había descubierto la jornada anterior, de la mano de las innumerables divinidades desconocidas, ninfas, náyades y faunos que, sin renunciar a la invisibilidad, habitaban desde el pasado más remoto aquellos parajes.

En las fuentes, me parecía escuchar el susurro de las náyades, hablándome de lo fácil que me resultaría ser como ellas —a fin de cuentas, hijas de la naturaleza— con solo dejar de desear cuanto estaba por encima de mi humana medida. También a las ninfas, cuyos encantos serían míos sin pasar a través del engorro de ningún himeneo, bastando para ello con que entornara ligeramente

los ojos. Y finalmente los faunos, cuyas pezuñas revelaban otros caminos distintos de los que yo había transitado hasta entonces.

Mientras dejaba los bosques para internarme en una planicie fértil, cultivada a conciencia, sentí lástima hacia los hombres que, apartándose del sendero natural, construyen su propio Hades mediante lazos absurdos, obligaciones esclavizantes y miedos irracionales. Amos y esclavos, maridos y esposas, soldados que se aprestaban a combatirse los unos a los otros por cualquier bagatela ¿Acaso no representaban todos ellos el mayor grado de dependencia respecto de los falsos valores que subyugan a la mayoría de los mortales?

Nada más llegar al mar, dejé mi zurrón y mi ropa en la orilla y me zambullí entre las olas, cerca del lugar llamado el acantilado rojo donde, según la tradición, la desgraciada Ino, esposa del rey Atamante, se lanzó al mar con su hijo recién nacido para convertirse en la terrible diosa Leucótea.

Pero el mar de Leucótea nada tenía de temible, me acogió con sus brazos salados, refrescándome entre sus aguas transparentes hasta que, cegado por miles de escamas, me habló de nereidas y de tritones y de que nada tenía que envidiar a la tierra en cuanto a divinas y venerables presencias. Como afirmaba Tales, todo estaba lleno de dioses y diosas.

Cuando salí del agua, unos efebos de Mégara corrían con mi zurrón y mis ropas montaña arriba, hasta perderse en los campos de trigo y luego en las arboledas. Afortunadamente, los ladrones no habían discernido la utilidad del cayado que me había procurado en uno de mis últimos paseos alrededor de la torre. Gracias a aquel cayado, cuando cayó la noche y nadie era capaz de reparar en mi desnudez, alcancé un quitón de campesino que alguien había puesto a secar entre las ramas de un frondoso laurel.

Aquel quitón megarenses, pensé, me permitiría entrar en Atenas como un simple peregrino, sin despertar las sospechas de nadie, pues a aquellas alturas no podía ocultarme que mi padre no se habría conformado con mi partida de la torre y que, sin duda, habría

despachado a sus esclavos y a sus perros molosos en pos de su hijo fugitivo.

Pasé la noche en una playa desde la que se divisaba la costa neblinosa de Salamina, aquella isla que, ahora que están a punto de perderla por sus insidiosas disputas, los griegos estimaban como la cuna de su libertad, arrancada a golpe de espolón a los persas en tiempos de Temístocles.

Aquel pensamiento me condujo, como si se tratara de un nudo, al recuerdo de Parisátide, a quien yo había liberado gracias al precio obtenido tras la venta del corcel del que ya he hablado antes. Sus ojos, negros como la brea, insondables como el mar, habían trocado el deseo en piedad, y luego la imaginación se había encargado del hacer resto, hasta el punto de que, siguiendo una causa tras otra, resultaba que yo me encontraba durmiendo en aquella playa, precisamente esa noche, debido a aquella hermosa hetaira.

La imaginé arribando triunfalmente a las playas de Persia (no estaba seguro de que hubiera playas en Persia) y en todo caso, guardando de mí un hermoso recuerdo, lo cual atestiguaba mi vanidad de esos tiempos.

Y, como todas las jóvenes tienen algo en común, el recuerdo de Parisátide me condujo también al de la muchacha de Maronea, a la que había visto primero desnuda y luego vestida y a la que —ahora aquel pensamiento me rondaba como un importuno tábano— bastaría una mínima claudicación por mi parte para convertir a la fuerza en mi esposa.

Pero si me casaba con la muchacha vestida, pensé, todo el sufrimiento inútil, la sumisión exigida por las costumbres, la familia, los negocios o la política, caería sobre mí como si se tratara de un instrumento de tortura gigante, de manera que abrazaría con gusto el recuerdo de la joven desnuda del lago y rechazaría indignado a la joven vestida.

Aunque, por supuesto, mucho más importante que todo aquello era cómo llegaría yo a ser señor de mis pensamientos en lugar de lacayo suyo. Pero, a fin de cuentas, esperaba también encontrar la respuesta en Atenas, en los labios del sabio de Sínope.